

No sé si, ni aún en primavera, brotará sobre esta sepultura la más pequeña florecilla del páramo.

Vámonos. Marchemos de prisa. Los mozos colocan de nuevo a la extenuada viejecita en la litera; monto a caballo, y cruzamos esta soledad con paso rápido, como cuando vinimos. ¡Cuán rara en verdad y cuán inesperada para mí, esta visita tan corta y tan fría! Me voy más amargamente triste, descontento, insatisfecho... Si mientras tanto, cualquier novedad, me impidiese volver mañana; si de aquí a allá, cualquier cosa me fulminare... Hasta el momento en que nos reunimos en las formidables puertas de la gran muralla, continúo dudando, volviendo la vista atrás, tentado de volver sobre mis pasos, al galope de mi caballo.

Quando Kadidjá está acostada de nuevo en su camastro, en su negro camaranchón despido a los mozos, cuya presencia me es odiosa. Con el mayor agrado extendiendo sobre la pobre vieja el cobertor nuevo, que le place tanto y que acaricia con sus manos, como un niño con un juguete nuevo.

Quisiera interrogarla ahora, ya que es ella la única en el mundo con quien puedo ha-

blar, entre las que han sabido, las que han visto, que han guardado en su memoria todo aquello que yo tengo miedo de saber.

—Sí, Sí;—me responde.—Yo te contaré cosas, cosas... Uno de estos días, vendrás a hablar con tu Kadidjá, cuando ella haya dormido bien, para recordar todos tus sentidos...

—¡Uno de estos días!... ¡Pero si no dispongo de más días que de el de hoy.

—¡Ay, Lotí!—añade, incorporándose con dificultad.—¡No sabes!... No sabes que fui despedida, echada a la calle... Pero su Kadidjá no había ido muy lejos, no creas; y durante dos noches, estuve en la calle, junto a la puerta, para escuchar...

—¡Había sido despedida! Por lo tanto ¿qué podrá decirme?... ¿qué datos confusos y extraños podré obtener de su flaca memoria, que, además, parece ya transtornada?

—Y Feuzibé-hanum—le dije.—¿Sabes qué ha sido de ella?

—¡Ah, Feuzibé!... Sí... Era si que sabe muchas cosas!... Y pudiera ser, vaya si podría ser, que viniese aquí, a hablar contigo!

Esta Feuzibé, una de las tres o cuatro mujeres del viejo Abeddin, la había visto yo, sólo una vez, velada, naturalmente. Pero sabía que era para Aziyadé mejor que sus

compañeros, casi servicial y buena. Y parece ser que ella sola, es la que, de todo el harám disperso, quedó en Constantinopla, donde volvió a casarse. ¡Oh, si hubiese medio de hablar con ella!... Verdad es que no creo yo que esto sea posible...

—¿Cómo haríamos, buena Kadidja, para decidirla a venir aquí, a tu casa?

Momentos después, siguiendo indicaciones de la negra, en un cuchitril vecino busco, y traigo conmigo, una mujer viejísima, de siniestro aspecto de entrometida, que ha debido intervenir durante su vida, en más de una turbia aventura. Con ella es con quien Kadidjá cuenta, para preparar la entrevista. Muy excitada, ahora, le da con este objeto instrucciones que parecen bastante precisas; y yo, por mi parte, le prometo una buena recompensa. La entrevista será aquí, desde luego, y para después del mediodía, a eso de las siete, contando a la turca... ¡Pero tengo tan poca confianza en esto!...

Quisiera interrogar a Kadidjá, aún; pero, la infeliz, está a cada momento más agotada y me da lástima. Yo mismo, estoy terriblemente cansado de la excursión de esta mañana. Además; presiento cuanto va a decirme, si insisto, en términos más claros: que

Aziyadé murió por mi abandono. Ya que esto es verdad, mi deber es oírlo y me someto; pero bastará oírlo una sola vez, y esto será esta tarde, cuando vuelva... Ahora recuerdo que me están esperando al otro lado del agua; y, un poco cansadamente, me voy hacia allá.

Es preciso, pues, descender ahora al Cuerno de Oro, tomar un equife, pasar a la otra orilla, volver a la plaza de Hadji-Ali, donde me esperan Anaktar-Chiraz y el coche, y visitar otra tumba.

Sentado a mi lado, Anaktar-Chiraz ha dicho al cochero:

—«Vete al cementerio armenio católico de Chichlí...

En muy lejos, a lo que parece, y tustiga a los caballos, que emprenden un rápido trote. Dando espalda a Estambul, llegamos de nuevo a Pera; la cruzamos a toda velocidad, la dejamos atrás, así como el arrabal de Taxim y henos aquí en otro suburbio, bien distinto de aquel en que Aziyadé está sepultada. ¡Cuán lejos uno de otro, han acostado a mis dos pobres amiguitos de Eyub!

¿En un cementerio católico?... ¡Ah, sí!

Ahora lo recuerdo. Achmet me había contado que él era armenio-católico; y que, más tarde, hacia sus quince años, se había hecho musulmán, adoptando este nombre. En sus últimos momentos, se habrá acordado de Cristo.

¡Qué horribles afueras, éstas, contrastando con las de Estambul, cuya melancolía es grande y soberbia! Aquí es el lado por el que todas las gentes cosmopolitas de Pera vienen a *divertirse*, los días de fiesta, a una campiña sin árboles, sin verdura, desnuda, absolutamente. Se instalan en torno a odiosos ventorrillos de empalizada, armenios, griegos, judíos, que recuerdan los horrendos alrededores parisienses. Después comienzan los campos de labor, en los que penetra nuestro coche, región toda gris, color de tierra, sin una hierba verde; y, por fin, en una altura solitaria, aparece un cercado de muros, grises, también, tras los cuales no se alza ni un ciprés, ni follaje alguno. Es el cementerio de Chichlí.

Entramos. Parece un cementerio de pobres, de ajusticiados. Ni una flor; ni una planta. Tal cual cruz de madera, o de piedra; algunas lápidas de mármol muy humildes; casi por todas partes, caballones de

tierra, indicando el yacimiento de los cadáveres.

La vieja Armenia se orienta, elige un sendero; se pone a contar los montículos sinietros:—uno, dos, tres, cuatro—y se detiene ante una fosa que parece haber sido mullida recientemente.

—¡Aquí está nuestro Achmet!

Y sus buenos ojos de madre anciana, se velan un tanto, ante el recuerdo del niño que ella había cuidado como a uno de sus hijos.

¡Oh, pobrecito! ¡Cuán doloroso es venir a ver el lugar de su sepultura!

No tendré tiempo de volver por segunda vez cerca de él, y le doy mi adiós postero.

—¿A qué lado cae su cabeza?

Aquí;—respondió la vieja, inclinándose para tocar con los dedos unos grumos de tierra.

Y en el lugar que me indica, recojo, para llevármelo, un pequeño trébol, mezquino, que ha crecido aquí, solitario...

Encargo al cochero que, a toda marcha, nos conduzca al hotel.

Anaktar-Chiraz está sentada, junto a mí, en el carruaje y, por el camino, le ruego se encargue, después de mi partida, de colo-

car en el cementerio, una lápida de mármol que deseo ofrecer a la memoria de Achmet... Pues recuerdo que una de sus penas, era la de morir antes de ser lo suficientemente rico para poder costearse una tumba.

No es mucho más de mediodía cuando llegamos al hotel. Todas mis largas caminatas de la mañana sólo han durado cuatro horas.

Hago subir conmigo a la armenia. Los sirvientes, poco acostumbrados a ver a los turistas con tales amigas, la miran, aunque sin insolencia, ante el honesto y digno aspecto de sus ropas de luto.

Sacando de su bolsillo sus gruesas antiparras, se sienta ante un escritorio para escribir todas las instrucciones que quiero dejarle, referentes a la tumba.

Pero el judío Salomón viene a interrumpirnos, conducido por un criado. Viene a decirme que ha hecho cuanto le ha sido posible por hallar a Achmet, y que nadie lo conoce.

¡Oh, lo creo, sin esfuerzo, alguno, que no es posible encontrarse con Achmet! Y desde ayer, desde la hora en que yo había enviado al tal Salomón en busca de informes, ¡cuánto camino he recorrido ya, por la región de las tristes certidumbres y de las fúnebres tranquilidades! En aquellos

momentos, todo era aún preguntas inquietantes; ahora, parece que sobre las cosas que tanto me intrigaban ayer, ha descendido una pesada lluvia de cenizas.

En caracteres armenios Anaktar-Chiraz ha acabado de anotar por sí misma, cuanto le he encargado referente a la lápida. Y ya están terminados nuestros quehaceres comunes. Sólo nos falta decirnos adiós.

Levántase ella para retirarse, y me mira con sus bondadosos ojos de madre que yo he admirado, poco ha, en Chichlí. Mientras me agradece cuanto he hecho por el pobre muertecito, derrama gruesas lágrimas, que, a poco más me obligarían a llorar, también.

Después, me pide permiso para besarme; y, al irse ya,—¡oh, lo deseo vivamente!— con todo mi corazón, para Achmet, le devuelvo su beso, sobre su arrugada mejilla de pobrecita vieja.

A las ocho horas turcas (al rededor de las tres de la tarde) acudo a la cita en casa de Kadidjá.

Junto al camastro de cobertor anaranjado en que las pobres horripilantes manos negras se agitan, la mujeruca de sospechoso aspecto con quien he tratado esta mañana, se la-

la sola, de pie. Fenzibé-hanúm no está allí. Ya lo temía.—«Está ausente, dice la intermediaria, no se sabe dónde ha ido, ni por cuanto tiempo, tampoco...» Y comprendo al punto, por sus respuestas obstinadamente evasivas, por su expresión glacial y hermética, que es inútil insistir. Esta Fenzibé, que no quiere verme, le habrá metido miedo con alguna amenaza, o la habrá sobornado para no decirme nada.

Cundo se aleja, después de haberme pedido que le pagase su mandado, me siento sobre un banquillo, a la cabecera de la cama de Kadidjá.

Ahora comienza para mi la hora más cruel de toda mi peregrinación aquí; la hora de la explicación y del castigo.

En un intervalo, cortado por gritos y silencios, esforzarme por saber y lograrlo apenas. Exprimir este viejo cerebro negro, tan pronto abatido, como presa de delirio ardiente, Sacar de él por pequeñas frases incoherentes, cosas que me hielan, y que me abrasan. Sentirse detenido a cada minuto por la piedad de verla tan fatigada, por el remordimiento de haber, quizás, precipitado su fin, obligándola a realizar esta mañana tan larga excursión. Sentir entre ella y yo, para aumentar aún la nube oscura, las di-

ficultades de un idioma que ni uno ni otro poseemos de un modo perfecto. Y decirme, por tanto, que es menester aprovechar, de cualquier modo, este momento único; porque yo parto mañana... y porque ella va a morir. Ella es el único lazo de unión que, más o menos vivo, existe aún entre mi querida amiguita y yo. Cuando lo trague la tierra, toda ligadura quedará cortada para siempre. Lo que no haga salir hoy de esta memoria, medio descompuesta, será para siempre perdido.

En lo concerniente a la fecha, Kadidja está de acuerdo con la hermana de Achmet. Cierto es que, por la primavera habrá siete años que murió Aziyadé... En cuanto a las causas de su muerte... quedan como sobreentendidas entre nosotros. Con una delicadeza que yo no esperaba, la pobre mujer evita decírmelas. Más: con una mirada de asombro y de doloroso reproche, me detiene, cuando intento preguntárselas. A pesar de las alternativas de puerilidad senil conserva rasgos de rara inteligencia, y su corazón de pobre vieja esclava, no ha dejado de ser fundamentalmente bueno. Cada vez más aumenta mi respeto hacia ella— y mi piedad, mi piedad sobre todo, por tanta fatiga mortal como le causo.

—Así, por lo que dices, mi buena Kadidjá, ella esperó durante más de un año...»

¿Esperar qué, pobrecita mía? Algún quimérico retorno, un rapto, quizás; una de esas peligrosas aventuras, que, en rigor, podría yo intentar hoy, con oro e independencia, ¡pero que antes me eran imposibles!

Y al final de este tiempo es cuando comenzó a declinar rápidamente; a perder los colores de su sana juventud y a doblar su cabeza creyéndose hasta olvidada, abandonada para siempre.

—Pero mis cartas ...¿No las recibía nunca?

—¡Oh, las cartas!... Yo le entregué... esperó; le entregué hasta la sexta...

—¿Y por qué no las otras?

—Las otras,—dice—¡al fuego!... ¡Las arrojé al fuego!... Puesto que me habían despedido, ya ves que no podía llevarselas ya; y tuve miedo de guardarlas.

Del modo con que ella ha pronunciado «¡al fuego!» comprendo que las consideraba, al fin, como objetos engañadores, maleficios, causas indirectas de desventura.

En cuanto a las de Aziyadé, Kadidjá, está segura de haberme enviado cuatro, ni una más. Esto es lo que yo creía: las cuatro primeras, las que se parecían a ella;

aquéllas en las que hallaba yo sus queridos pensamientos exquisitos con su chocante mezclanza de ideas de niña salvaje. Las siguientes, pues, aquellas cartas vulgares, vacías, inverosímiles, como las últimas de Achmet, ¿de dónde provenían? ¿Qué mano inquietante me las había escrito, y con qué objeto? Eso continuará siendo siempre un misterio; y, por otra parte, ¿qué importa, *ya que ahora todo ha terminado?*

Fueron las imprudencias de nuestros últimos días, las que, seguramente, abrieron los ojos del viejo Abeddín, acerca de nuestra larga e impune intriga—y, luego, vendrían las delaciones de las otras concubinas del harem, que serían interrogadas, a quienes harían hablar las amenazas o las promesas.

Aziyadé, por tanto, no ha podido ser expulsada de la casa de su dueño, ni maltratada; aislada, solamente, como cosa impura, olvidada y emparedada en el silencio de su departamento, en el que no entrarían más que criadas hostiles. Al término de un año, Kadidjá misma había visto cerrársele la puerta de aquella morada sombría, como sospechosa de sostener relaciones con el escribano público y con el correo francés de Pera... Y entonces fué cuando comenzó real-

mente la lenta agonía, con el fin de toda esperanza.

No creo yo que una criatura joven, muy joven, de hermosa sangre nueva, exenta de todo contagio, pueda morir de desesperanza solamente, si se le deja el sol, el aire y la libertad... ¡Pero así, enclaustrada y en el mayor abandono!...

—Ya sabes—dice Kadidjá—que su habitación daba a la parte de la Estrella (al Norte), y qué en ella hacía mucho frío...

¡Sí; recuerdo aquellas ventanas de rejas espesas, situadas en una de las alas de la casa en la que no tocaba jamás el sol. Distraídamente, las miraba yo, al pasar, en aquella calle oprimida por el misterio, a la que no llegaban más que de tarde en tarde los rojizos rayos, sin calor, del sol poniente. Y me figuro lo que debía de ser aquel departamento, hoy destruido por el fuego, en el que la muerte, con lentos pasos, fué a buscarla...

Después Kadidjá continúa:

—Siempre cerrada allí, durante el invierno enfermó a causa del frío de aquella habitación. Entonces, las otras mujeres, le administraban remedios... ¡Oh, Lotí! Para que veas: esto era, sobre todo, lo que yo

quería decirte:... ¡le daban remedios... de los cuales yo desconfiaba!...

¡Dios mío! ¿Dónde estaba yo, mientras ocurría todo esto, en aquel harem oscuro?... ¡Tan fácilmente como se podía haberla salvado, con un poco de alegría y de sol, arrancándola de allá!... ¿Qué rincón del mundo estaba yo recorriendo, sin saber nada, sin poder nada, mientras el alma de mi amiguita se escapaba angustiosamente, y se abatía con lentitud su cuerpo adorado... hasta aquella tarde de mayo en que «casi clandestinamente se la llevaron»?

Algunos pormenores aún, que suplico, y que se me conceden, con gran trabajo, en medio de gemidos de criatura o de gritos—pues Kadidjá, delira, cada vez más agotada.—También yo, también yo estoy agotado por las cosas horriblemente penosas que escucho, y por la tensión de espíritu que necesito para hacerlas brotar, una a una, de esta cabeza de pobre mono viejo, casi muerto ya. Entre el horror de preguntar más, y el deseo de saber más cosas, vacilo, y estoy a punto de darlo todo por terminada—pero continúo aún, recordando que esta es la conversación postrera; la última

vez que puedo hablar de ella con un sér un tanto viviente...

Basta Su tortura ha durado ya mucho— y la mía también.—Por otra parte, sé ya casi todo lo que quería saber... Me voy.

—Ahora ya es tarde... Tú volverás a Pera, ¿no?!...—pregunta la pobre vieja con un acento zalamero y persuasivo, volviendo de pronto a las mañitas sagaces de niño, impaciente porque esto acabe y porque la deje en paz.

Le entrego algunos luises de oro que la deslumbran y que la aseguran un poco de bienestar para el fin de sus días ya contados... Y después, le doy mi adiós definitivo, llevando de ella un perdón y una bendición enternecida.

La pobre, murió pronto, ciertamente. Sus ojos, que después de los míos eran los únicos que habían mirado a Aziyadé con ternura, se extinguieron y se descompusieron. La imagen de Aziyadé que perduraba aún en el fondo de aquella mente expirante, bien pronto no existirá ya. Cuando morimos, no es ello más que el principio de una serie de anonadamientos parciales, que nos sumergen cada vez más adentro de la absoluta noche negra. Los que nos aman mueren también. Todos los cerebros humanos en los

que nuestra imagen ha sido medio conservada, se disgregan y tornan al polvo. Todo cuanto nos pertenecía se dispersa y se desmigaja. Nuestros retratos, que nadie conoce ya, se borran—y nuestro nombre se olvida—y nuestra generación pasa del todo.

Me alejo lentamente por la callejuela deteriorada y desierta.

A los pocos pasos requiero mi caballo, que un chiquillo paseaba dando vueltas alrededor de una plaza solitaria.

Es tarde ya, para volver a visitar su tumba... Pasaré allí la mañana de mañana.

Y, una vez más, comienzo a vagar sin rumbo, hasta la noche...

Al caer la tarde, en pleno crepúsculo, vuelvo a hallarme de pronto, en la inmensa plaza de Mehmed-Fatih, conducido por el azar.

Y viene a mi mente la frase de mi diario de otros tiempos, que ha quedado grabada muy especialmente en mi memoria, incorporándose, poco a poco, a este barrio santo, cual si fuese ella su propia expresión.

«La mezquita de Mehmed-Fatih, nos vé frecuentemente, a Achmet y a mí, sentados ante sus grandes pórticos de piedras grises, tendidos al sol, ajenos a las inquietudes



de la vida, persiguiendo un ensueño, intraducible a ninguna lengua humana...»

Nada ha cambiado en esta plaza. Continúa siendo uno de los lugares más turcos y más melancólicos de Estambul. La mezquita se yergue, siempre igual, a través de los siglos, con sus altas puertas grises festoneadas de dibujos misteriosos. Y, en torno, bajo las parras amarillentas de los cafetines, los mismos viejos caftanes de cachemir, los mismos viejos turbantes blancos, aparecen sentados aquí, a la postrera claridad de la tarde de otoño, fumando sus pipas, mientras contemplan cosas santas.

Me detengo en medio de ellos; en el mismo lugar en que diez años atrás habíamos visto, una tarde, aparecer sobre las gradas de la mezquita un iluminado, que alzando los brazos al cielo, gritaba: «¡Veo a Dios! ¡Veo al Eterno!...»—(Achmet, había movido la cabeza, incrédulo, replicando:—«¿Qué hombre, Lotí, será el que pueda jamás ver a Allah?...»).

Verdaderamente, no sé por qué la parada en esta plaza, se destaca tan profundamente entre tantos otros recuerdos de mi peregrinación; ni por qué experimento la necesidad de expresarlo aquí, para impedir

que esta impresión desaparezca en la rápida huída de todo—cual se retendría de la mano, por un instante, una brizna que arrastrada por la corriente, flotase sobre el haz de las aguas.—